

El cuaderno de notas de un cinéfilo patológico

Ojo al cine

ANDRÉS CAICEDO

SANDRO ROMERO Y LUIS OSPINA

(selección y compilación)

Penguin Random House, Bogotá, 2017,

744 pp.

Ante la oscuridad de la sala el espectador se halla tan indefenso como en la silla del dentista. (p. 37)

SERÍA COMPLETAMENTE infructuoso iniciar esta reseña sin hablar del autor del libro, pues, más allá de sus críticas y sus entrevistas, por encima de su prosa y estilo particular, esta obra se encuentra impregnada de las ideas, obsesiones, miedos, amores y desvelos de Andrés Caicedo, en una conversación entre él y sus lectores que inicia con sus primeros artículos publicados en 1969 y termina abruptamente, el 4 de marzo de 1977, cuando decide acabar con su vida. Los textos aquí recopilados por dos de sus mejores amigos, Sandro Romero y Luis Ospina, sugieren un monólogo con hilo conductor y visos de conversación en la voz de un adolescente avejentado o un viejo sabio de 25 años, según se quiera ver.

El universo de Caicedo en la literatura está lleno de “niños y niñas bien” que se aventuran en la selva inhóspita y desconocida de su propia ciudad, en lugares oscuros y sórdidos en donde no llegan los autos de alto cilindraje y los papás no pueden protegerlos. Atraídos por las drogas y la música a todo volumen, los jovencitos se encuentran con sus pasiones y miedos y experimentan nuevas sensaciones de dimensiones psicodélicas muy similares al éxtasis de la noche más corta, que tiene lugar en cualquier momento del día: la noche del cine. El cine de las salas se disfruta y se padece, no en vano Caicedo se refiere recurrentemente a la cinefilia con palabras asociadas a otras patologías, como a una especie de sonambulismo o a una “cinesífilis”, en el enrarecido medio ambiente del “gótico tropical”. Ir al cine compulsivamente es una actividad propia de vampiros que disfrutaban intensamente la noche, incluso en mitad

del día; que prefieren las mujeres de la pantalla más que las de la vida real; que experimentan aventuras en cuerpo ajeno y beben la sangre de hombres ausentes que se hacen presentes por medio de imágenes y sonidos.

Es mundialmente conocido el Caicedo literario, creador de universos y obsesiones, narrador privilegiado de una Cali dividida por la mitad entre norte y sur, ricos y pobres, salseros y rockeros, oficinistas y estudiantes, pillos y trabajadores. El Caicedo crítico de cine no es tan popular, pero sabemos que creó el Cine Club de Cali y fue un pionero en la incipiente historia de la crítica de cine en Colombia. Sabemos que creó la revista *Ojo al Cine* en su ciudad natal, en 1974, y que con solo cinco números (el sexto quedó en proyecto por su prematura muerte) logró sentar un precedente importante para su tiempo y para las futuras generaciones de cinéfilos. Más allá de conocer estos datos de cultura general, es importante acercarse a su obra de crítica cinematográfica para entender su visión sobre el cine, su postura sobre los autores y la cinefilia, y sus importantes radiografías sobre el estado del cine en Colombia.

Caicedo escribió para el público de su tiempo y posiblemente nunca pensó en que sería citado, recordado y admirado casi medio siglo después de la publicación de sus textos. Sus críticas navegan tranquilamente entre el ensayo académico y el relato, entre las referencias intelectuales y los comentarios coloquiales. En sus aproximaciones a las películas son frecuentes los análisis sobre la obra completa de los creadores, las reflexiones sobre la mirada del crítico (con autocrítica) y hasta referencias a filósofos, escritores y poetas. Leer a Caicedo es escucharlo y, para quienes no tuvimos la oportunidad de conocerlo, es fácil superponer a sus palabras la voz con que lo hemos escuchado en la pantalla, en algunos documentales de Luis Ospina como *Unos pocos buenos amigos* (1986) y *Todo comenzó por el fin* (2015).

Sin restar importancia a su labor de crítico, Caicedo es antes que nada un cinéfilo que ama y disfruta hablar (y escribir) del cine, y en esta obra tenemos la oportunidad de leer lo que escribió y lo que dijo en espacios académicos, gracias a la excelente compilación de

Romero y Ospina, quienes en la primera parte del libro hacen un completo retrato de la persona detrás del personaje que fue Andrés Caicedo. El libro se divide en cuatro bloques claramente definidos: la ya mencionada introducción, en donde los compiladores nos sumergen en la vida y obra de su amigo Caicedo y nos comparten algo de esa intimidad que no suele asomar en los prólogos literarios; un capítulo corto en el que el mismo Caicedo revela sus consideraciones frente a la crítica y el cine de autor; un tercer bloque que cubre la inmensa mayoría del libro y en el que se nos presentan algunos de sus más importantes artículos sobre películas, eventos y personajes del cine, publicados periódicamente en distintos medios de comunicación, y un cierre fundamental en el que se hace una conexión entre el Caicedo literario y el Caicedo crítico, acertadamente denominado “Memoria de una cinesífilis”.

Leer este libro es acercarse a un universo particular en el que conviven emblemáticas películas que han trascendido su tiempo con títulos olvidados por la historia canónica del cine. Para el que los descubre, estos comentarios sobre películas y personajes, publicados en revistas y periódicos de otras épocas, tienen el encanto de una gema que brilla, pero de la que aún no conoce exactamente su valor. Leer este libro es hallar el cuaderno de notas de un genio gobernado por el caos, es adentrarse en la obra de un analista riguroso que enjuicia su propio análisis cuando escribe, y también ruborizarse con algunos detalles, quizás muy privados, del diario íntimo del autor.

Ante la facilidad de acceder al material, el crítico actual puede caer en la tentación de reproducir (o descaradamente copiar) la abundante información que se encuentra en la red, y los espectadores cuentan con datos provenientes de todo el mundo y pueden expresar, con total libertad y amplia difusión, su opinión sobre las películas, aun sin tener un criterio básico para serlo. Ser crítico de cine en la Colombia de los años setenta, en cambio, se parecía muy poco a lo que significa serlo hoy. En una época en la que se hablaba y se escribía sobre películas que no podían verse, el crítico era el mediador entre la cultura cinéfila y el público, el intérprete de un arte escaso

y cuya revelación dependía casi exclusivamente de cineclubes y cinematecas. Las páginas de una revista como *Ojo al Cine* se convertían, así, en un inventario de deseos, en un repertorio de conocimientos para quienes no habían podido ver las películas o querían aprender a verlas mejor. Al respecto, Caicedo escribió: “Los cálculos han demostrado que solo un dos por ciento de la producción mundial vale la pena verse. Lo que valga la pena, y no se pueda, se puede leer” (p. 49).

Este libro nos permite traer al presente personajes y películas caídos en el olvido, narrados por un hombre de letras e imágenes que nos cuenta sus historias como en una conversación de cafetería, sin esconder sus gustos y fobias personales. Esta publicación puede obrar el milagro de resucitar para nosotros aquellas viejas cintas olvidadas a las que, por obra y gracia de la tecnología, hoy podemos acceder fácilmente.

En un momento como el actual, en que el ritual de consumo alrededor del cine ha desplazado la calidad narrativa de las películas; en el que tambalean las historias, sometidas a la parafernalia de los efectos; en el que las críticas y los comentarios sobre las películas abundan, pero la calidad escasea, es fundamental acercarse a los textos de autores como Caicedo, quienes desde el pasado nos recuerdan que el cine es un arte para el disfrute de los sentidos y una ventana abierta a muchos mundos.

Jerónimo Rivera-Betancur